



SOLO EN ALTA MAR

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

Fotografías: *Cuando todo está perdido*, dirigida por J. C. Chandor

Cuando hablamos de sufrimiento, lo primero que nos viene a la mente es el dolor físico, en segundo lugar (si es que se puede hacer un *ranking* de sufrimientos) es el dolor moral, y en tercero, la capacidad de observar, como espectadores, los padecimientos de otras personas. Este mes, haciendo referencia a la tercera acepción (de este listado que me he inventado), vamos a sufrir con la película **Cuando todo está perdido** (*All Is Lost*, J. C. Chandor, 2013), una historia de soledad (pues sólo hay un intérprete), de lucha (del hombre contra el océano) y de sacrificio (el que debe hacer nuestro protagonista para intentar salvarse). Todo empieza cuando un navegante solitario (Robert Redford), se despierta en su yate al chocar contra un contenedor a la deriva y abrirse una vía de agua. A partir de ese momento, comienza para él la más extraordinaria, impresionante y difícil aventura a la que jamás esperaba enfrentarse.

Con la complicidad del espectador, que se embarca con Redford en un barco que se va hundiendo poco a poco, vivimos en primera persona una odisea en el inmenso océano sufriendo por, y con, el aventurero que tenemos delante sin poder ayudarlo. Tras una primera evaluación de daños, comienza a organizarse y a reparar, de manera artesanal, el boquete por

el que entra el agua al interior. Parece que sus conocimientos de navegación y supervivencia le pueden ayudar a solventar la situación. Pero... y como en cada historia que se precie siempre hay un pero, no podía faltar la típica tormenta en alta mar que complicará, todavía más, la situación de “nuestro hombre –*Our Man*–” pues así es como se le cita en los títulos de crédito.

Se inicia así la verdadera interpretación de Redford, sin casi diálogo, sin ser doblado en las escenas, sin un maquillaje y peluquería glamurosos, sin vestuario de marca famosa, sin efectos especiales digitales de última generación... saca a relucir su ímpetu como actor, para echarse la película a la espalda y con su cara, sus gestos, sus acciones y su increíble fuerza interior, protagonizar esta aventura donde cada día que sobrevive en el mar, es una victoria contra la desesperación, contra la angustia y contra la muerte.

Con tan sólo dos escenarios, el barco inicial y la balsa salvavidas a la que debe subir (Redford) para continuar vivo, el director escribe y dirige su segunda película (en aquel año 2013) contando esta historia de sufrimiento, de lucha y de ansias de vivir. El ingenio del que hace gala “nuestro hombre” para solventar las situaciones, a cual más difícil, que se le

van presentando, enseguida tiene complicidad en nosotros, que desearíamos poder ayudarlo de cualquier manera. Cada logro es un triunfo contra la apatía, cada nuevo invento es una bocanada más de aire en su ficticia burbuja y cada día que sobrevive es una superación del sufrimiento que vive... ¡y que nos hace vivir!

Sin apenas música, que sólo aparece en momentos claves y precisos, se complementa con los diferentes sonidos, desde el del agua que sacude el barco, la balsa y al náufrago, hasta los golpes de las herramientas con que intenta resolver su situación (que parecen sacados del manual de supervivencia perfecto), pasando por los de cualquier objeto que cae, que rueda o se mueve por la embarcación. Todo entrelazado con grandes silencios que, a veces, son más sonoros que cualquier tipo de golpe. Sobre todo, cuando los ojos de “nuestro hombre”, su cara y su cuerpo comprenden, en un momento determinado, su verdadera, delicada y dramática situación.

Película no apta para claustrofóbicos ni para aquellos que detesten las aventuras en el mar. En cambio, está totalmente recomendada para los espectadores que vibran con las narraciones de superación, de lucha y de héroes anónimos, en las que el sufrimiento nos acompaña durante toda la proyección. Y esa angustia que compartimos con el náufrago, hace que nos sintamos más cerca de él, de sus sentimientos y de su esperanza.

Ahora que Robert Redford ha anunciado (en 2019) su retirada de protagonizar películas, filmes como *Cuando todo está perdido* dan su verdadera dimensión como actor, pues es en historias como esta, con poco o nulo diálogo, casi sin música, con maquillaje mínimo y siempre con la misma ropa, donde se demuestra la gran categoría, la soberbia maestría y el talento que atesora este intérprete, sea cual sea la historia y sin necesidad de otro actor/actriz que le dé la réplica, para deleitarnos con una interpretación imponente y muy creíble.

El director, que escribe los guiones de sus películas, hace en esta ocasión un minucioso retrato de una persona aislada en el mar, cuidando hasta el más mínimo detalle, para ofrecernos una aventura intensa, a veces desasosegadora, que conecta muy bien con el espectador, transmitiendo perfectamente el sufrimiento de un hombre solo en medio de la nada. Demuestra que domina bien la técnica cinematográfica, pues tras su primer trabajo *Margin Call* (2011), ambientada en el mundo de las finanzas (de la que hablé en el número 256 de *Versión Original*), ha saltado, sin resentirse, a un escenario casi único, con un solo protagonista y con el menor diálogo que he visto (oído) en una película, que no sea muda.

Película emotiva, sencilla y con una historia bien escrita y narrada, a la que el público sabe a lo que va, que potencia la superación personal y en la que se sufre tanto como lo hace el protagonista. Donde la lucha de “nuestro hombre” contra los elementos es la disputa que le hace más fuerte, más duro y más sereno, pese a las adversas circunstancias que le rodean, de principio a fin, manteniendo muy bien la tensión en el espectador.

Redford saca a relucir su ímpetu como actor, para echarse la película a la espalda y con su cara, sus gestos, sus acciones y su increíble fuerza interior, protagonizar esta aventura donde cada día que sobrevive en el mar, es una victoria contra la desesperación, contra la angustia y contra la muerte

